

Marin Ledun

Perros de porcelana



Vincent Fournier, un ejecutivo exprimido por sus jefes y relegado con el paso del tiempo a un cargo puramente administrativo, aparece en su despacho de la compañía telefónica para la que trabaja con una bala en la cabeza y un sedante en el estómago. No es el primer cadáver: varios de sus compañeros de trabajo se han suicidado previamente tirándose por la ventana.

Nadie mejor que Carole Matthieu, médico de la empresa, conoce los motivos que llevaron a Vincent Fournier a la muerte. Su trabajo consiste en ayudar a cientos de trabajadores agotados y advertir a sus jefes de los peligros del estrés y de la sistemática precariedad laboral en la que viven los empleados de la empresa.

Pero el trabajo de Carole también pasa por escuchar los dramas personales de los trabajadores, intentando curar sus almas heridas con los medios adecuados..., si se puede llamar un instrumento de trabajo a una pistola Beretta 92.

A Dominique

Y a la buscada Hambre vio en un pedregoso campo: con sus uñas, y arrancando con los dientes unas escasas hierbas, basto era su pelo, hundidos sus ojos, palor en la cara, labios canos de saburra, ásperas de asiento sus fauces, dura la piel, a través de la que contemplarse sus vísceras podían, sus huesos emergían áridos bajo sus encorvados lomos. Del vientre tenía, en vez del vientre, el lugar; pender creerías su pecho y que únicamente por el armazón del espinazo se tenía. Había aumentado sus articulaciones la esqualidez y de las rodillas henchíase el círculo y en desmedida protuberancia sobresalían los tobillos.

OVIDIO, *Metamorfosis*

PRÓLOGO

Vincent Fournier dirige hacia mí un rostro cadavérico. Semblante cansado, ojeras negras y barba de tres días. El descolorido polo color gris antracita, un par de tallas demasiado grande, acentúa su espantosa delgadez. Se deja caer contra el respaldo de la butaca, cruza los brazos y se encierra en el silencio.

Extraigo un bolígrafo del portalápiz, poniendo atención en no hacer ruido, y cojo una hoja en blanco que deslizo sobre el cartapacio de plástico.

Escribo: «Insomnios crónicos, tratamiento ineficaz».

Dirijo la mirada por encima de él, al reloj de pared de la consulta. Son las 19:34 horas. Plano centrado en las agujas, visión de la pared desde abajo; un cable eléctrico tendido a lo largo del zócalo desaparece bajo la moqueta industrial.

Retomo el bolígrafo y anoto: «Diarreas, apatía, fatiga crónica, pérdida de peso: 16 kilos en dos meses».

Con gesto resignado, destaco con un círculo el número 16.

Ante mí, Vincent Fournier se acurruca un poco más.

Añado: «Pensamientos suicidas, posible reincidencia, alta probabilidad de pasar al acto, incapacidad para el puesto. Baja laboral indispensable y urgente».

Subrayo tres veces «urgente» y dejo el bolígrafo en su sitio. Agrego la hoja a su expediente, lo cierro y lo guardo. El cajón metálico golpea contra el fondo del escritorio con un chasquido sordo.

Vincent Fournier está llorando.
La consulta casi ha terminado.
Soy yo la primera en romper el silencio.
—¿Qué hacemos?

Vincent sigue callado. Repito:
—¿Ahora qué hacemos?
Gruñe una respuesta inaudible.
Insisto, con voz cálida:

—Desde hace un año, lo hemos intentado todo. Los tratamientos no funcionan de manera satisfactoria. Tres bajas por enfermedad, tres fracasos. Con cada vuelta a la actividad, recae de nuevo. Con cada reanudación, su estado empeora. Sufre alteraciones gástricas y del sueño desde hace casi dos años. Ya no come, ni duerme, ni ve a nadie. ¿Cuándo fue la última vez que hizo el amor con su mujer?

No hay respuesta. Para hacerlo reaccionar, doy un puñetazo sobre la mesa.

—¡Vincent! ¿Cuándo?

—Ni idea.

—¿Hace una semana? ¿Un año? ¿Dos años?

—Yo qué sé, ¡coño!

Casi ha gritado.

Vuelvo a la carga.

—¡Sí que lo sabe! Pero se niega a ver la realidad de frente. ¡Responda a mi pregunta!

Sacude la cabeza. En sus mejillas se dibujan aureolas de cólera.

Me inclino hacia él y murmuro:

—Dígame, Vincent.

—Navidad de 2007.

Hace dos años y tres meses.

—Los pequeños acababan de acostarse. Yo estaba bien. Ella también.

No escucho la continuación, no es de mi incumbencia. Me conformo con menear la cabeza.

Dos años y tres meses sin follar.

«Igual que yo», pienso.

Dos putos años y tres largos meses sin placer: una eternidad.

Lágrimas grandes como un puño ruedan por sus mejillas. Vincent repite de manera incansable:

—Estábamos bien, estábamos bien.

Lo interrumpo para decir lo que da miedo oír:

—Tiene que dejar la empresa.

—No.

—Es la única solución.

—No quiero.

—No tiene alternativa. No aguantará mucho tiempo más.

Parece meditar la última frase, luego menea la cabeza y, con tono patético, afirma:

—No me pillarán.

«Ya te han pillado —pienso—. No te han dejado ninguna posibilidad, han minado el terreno, pero aun así te abanzaste con la cabeza gacha y, ahora, te han pillado».

Digo:

—Usted tiene que decidir.

—Está todo decidido. Me quedo.

Suspiro y hago rodar hacia atrás mi butaca. Sus brazos se agitan con minúsculos temblores.

—¿Está seguro?

Asiente.

De manera instintiva mis manos se refugian en los bolsillos de la blusa. Los dedos dan con el frasco de Secobarbital. Propiedades anestésicas, anticonvulsivas y sedantes. Fabricado y comercializado por el gigante farmacéutico norteamericano Eli Lilly, famoso gracias al Prozac. Recetado para el tratamiento de la epilepsia, del insomnio, como medicamento preoperatorio para inducir la anestesia y como ansiolítico antes de las intervenciones quirúrgicas. En 1969, Judy Garland: sobredosis combinada con alcohol. Un año

más tarde, Jimi Hendrix, el mismo cuadro: incapaz de despertarse.

Nueva ojeada al reloj. Son las 19:50 horas.

Digo:

—No puedo dejarlo ir así. Necesita algo para pasar una buena noche.

Saco el frasco y lo pongo delante de él, me levanto, rodeo el escritorio y voy hacia el armario de farmacia. Cojo una goma elástica, algodón, un desinfectante, dos envoltorios plastificados que desgarró y de los que extraigo una jeringuilla esterilizada y una aguja hipodérmica de 40 mm 12/10. Las acoplo con parsimonia.

Amorfo, Vincent mira cómo lo hago.

—Esto le relajará.

Vuelvo hacia el escritorio, destapo el frasco e introduzco la aguja. La jeringuilla aspira 25 mililitros de Secobarbital. La dejo con precaución sobre una bandeja y vuelvo a plantarme ante Vincent.

—¿Qué brazo prefiere?

—El izquierdo.

—Bien. Suba la manga.

Lo hace.

Fijo la goma elástica en la base de su bíceps, vierto algunas gotas del desinfectante sobre un trozo de algodón y froto el hueco de su antebrazo.

—Cuidado, voy a pincharle.

Bajo la presión, la piel se tensa una fracción de segundo antes de ceder. La aguja se hunde. Inyecto el sedante. Sus pupilas se dilatan. Acusa el efecto de inmediato.

Voy hasta la puerta, la abro y regreso para ayudar a Vincent a levantarse y a subir las escaleras. Cuando llegamos a su puesto de trabajo, ya está casi frito. Lo guío hasta su asiento, en el que se desploma gimiendo.

Con gesto maternal, paso una mano por su calva.

—Espéreme aquí.

Vuelvo por donde he venido.

Mi ritmo cardíaco se acelera. Me contengo para no echar a correr. La central de llamadas está desierta, pero los gritos y los timbres de teléfono todavía resuenan en mi mente.

Durante el día, este sitio parece un panal repleto de abejas que zumban ante los micrófonos, con antenas en la cabeza. Unos sesenta empleados conectados a los siempre descontentos clientes, dieciséis horas de veinticuatro. Algo así como esas salas de las plataformas de lanzamiento de la Nasa que se ven en las películas estadounidenses de gran presupuesto, en las que docenas de tipos trajeados o con bata blanca, cascos telefónicos acoplados al cráneo y separados por delgados tabiques tienen el futuro del planeta en la punta de sus diez dedos. Eso sí, sin las pantallas gigantes, los televisores y los mapamundis. Aquí, se venden abonos para móviles y en menos de treinta minutos se resuelven los problemas más complejos de conexión a internet.

Hago una profunda inhalación, después atravieso la sala y vuelvo a mi despacho.

Hay que conservar la calma.

Apago el ordenador, introduzco el material médico ya usado en una bolsita que guardo en el bolso. Recupero asimismo la maleta, el abrigo, y salgo, como de costumbre, por la puerta de la torre B. El viejo Audi está en su sitio, la garita del vigilante está vacía. Lanzo las cosas en el maletero y arranco.

Salgo a la calle Ampère y pongo la segunda.

En el primer semáforo tuerzo a la izquierda, circulo recto trescientos metros y aparco dos bloques de viviendas más lejos.

La calle está desierta. Cierro la puerta del coche y activo el cierre, y vuelvo a la central de llamadas andando.

El vigilante sigue ausente.

Me dirijo a la torre B. Ningún ruido. Ningún movimiento. Mi pulso se acelera. Entro en el edificio y voy a mi des-

pacho, a la luz de las lamparillas de noche, de los temporizadores y de los letreros de «Salida de emergencia».

Allí donde la escondí esta mañana, al incorporarme al servicio, está la Beretta 92. En el último cajón. Debajo de una pila de informes de evaluación.

Es una arma sórdida y bonita. Negra. Atrae y captura la luz como un lienzo de Soulages. Sorprendentemente pesada para su tamaño.

Alzo la mirada: son las 20:00 horas.

Dentro de veintisiete minutos el guarda comenzará su ronda por los pisos superiores.

Subo las escaleras corriendo, paso por la compuerta antifuego y cruzo la central de llamadas.

Vincent ya no está en su asiento.

Preso del pánico, me inclino, confiando en encontrarlo en cuclillas debajo de su cabina, pero tampoco está allí.

Mierda.

Su chaqueta y sus llaves siguen allí. Tiendo la mano hacia el interruptor de la lámpara de escritorio pero en el último momento recapacito.

Mierda, mierda, mierda.

«El vigilante ha empezado su ronda antes de lo previsto», pienso.

Cálmate, cálmate.

Inspecciono los cubículos más cercanos. En balde. Pero ¿dónde se ha metido? Me dispongo a hacer un registro completo de la sala cuando un chillido a mi derecha me interrumpe.

Me inmovilizo, con la Beretta apuntando delante de mí.

Susurro:

—¿Vincent?

No hay respuesta.

—¿Vincent?

Un estertor.

Doy cinco pasos hacia adelante.

—Vincent, ¿eres tú?

Otro estertor, casi un gorgoteo.

Cinco pasos más.

Giro la cabeza y lo veo, tumbado sobre la moqueta, a unos quince metros de su puesto. Vincent. Un hilillo de baba le chorrea de la comisura de los labios. Embotado por el sedante que le he inyectado treinta minutos antes.

Avanzo hacia él y lo cojo del brazo. En su reloj son las 20:23 horas.

En algún lugar, dos plantas más abajo, el guarda se prepara para hacer su primera ronda.

El problema no es Vincent.

Lo arrastro hasta su asiento en el que lo instalo por segunda vez. Con la mirada perdida, va dando cabezadas. Pongo sus finas manos sobre las rodillas y sin querer presiono el teclado con el codo.

El cubículo se ilumina con una luz blanca difusa.

Compruebo el cargador del arma y me la paso a la mano derecha.

Me estiro para intentar recuperar la calma. Transcurre un minuto sin un solo movimiento en la habitación. Ignoro el teléfono que suena. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Luego, nada. A mi derecha, la pantalla del ordenador se pone en reposo y casi de inmediato se oscurece.

Son las 20:26 horas. No me queda mucho tiempo.

Con los ojos en blanco, Vincent Fournier levanta la cabeza hacia mí.

Contengo la respiración. Mis dedos aprietan la culata del arma. Apunto hacia él y deslizo mi índice en el orificio metálico.

A continuación, aprieto el gatillo.

Un acto médico.

Y también un alivio.

El impacto de la bala proyecta la cabeza y después el torso de Vincent hacia atrás, contra el tabique de su despacho, antes de precipitarlo al suelo. Movidio por un reflejo,

su brazo izquierdo se agarra al teclado del ordenador y lo arrastra en su caída, incluida la pantalla.

El ruido es espantoso. La sangre fluye de su sien derecha. Muerte instantánea.

Presa del pánico, alzo la cabeza, alerta al más mínimo movimiento en la sala.

Nadie.

Durante quince interminables minutos estoy pendiente del ronroneo de los coches en la calle. Atenta a las sirenas lejanas de la policía, la mirada fija en el picaporte de la puerta de entrada. Me he preparado para entregarme sin resistencia. He pensado: «esposas, detención provisional, prisión preventiva, celda, abogado, juicio». Pero también: «medios de comunicación, revistas de prensa, exclusiva, entrevistas». Repito en mi mente las palabras que diré para explicar la historia de Vincent. Estoy preparada para hacerme responsable, para reconocer la premeditación con circunstancias agravantes. Quiero que la empresa suelte la mosca, que sus accionistas estén obligados a rascarse los bolsillos para pagar su deuda.

Los hechos.

Creo que esperaba que la detonación alertara al vigilante y que este avisara a las autoridades o a la dirección, ese tipo de cosas. Sin embargo, la disposición de los cubículos produce el efecto exactamente opuesto al buscado. En buena medida, la capacidad aislante de los tabiques que separan los puestos de cada empleado ha atenuado el ruido de la detonación, de la caída del cuerpo de Vincent Fournier y de su equipo informático. Cada planta del edificio está concebida para que ningún sonido llegue del exterior o del interior. El secreto de las conversaciones telefónicas, la paranoia de la protección de la información industrial, el miedo a la competencia. Aquí, la única manera de saber lo que se dice por teléfono es estar conectado directamente al teléfono, que es la práctica de *management* y vigilancia interna más corriente. Los empleados y sus jefes

se han ido de fin de semana: no hay nadie conectado. Para el guarda que hace su ronda dos plantas más abajo, la deflagración y el estrépito que le ha seguido no son más que un vago ruido de una silla que cae al suelo.

Quizá lo ha oído.

Quizá no.

No se desplaza.

Por lo que le pagan y por la cantidad de agresiones que ha sufrido en los dos últimos años, debí haber pensado en esta posibilidad. Y aunque hubiese subido, el puesto de trabajo de Vincent está en una esquina de la sala. Nadie va allí a no ser que tenga necesidad de hacerlo.

La calefacción funciona a todo gas, el olor lo alertará.

Siempre los hechos.

Dejo el cubículo, atravieso la sala y bajo por la escalera principal que va a mi consultorio.

En el trayecto: el Ródano, poderoso y helado, las ruinas de Crussol, mal iluminadas y encaramadas en la cumbre del acantilado, a los pies, el polígono industrial. El frío, el motor funcionando, y más frío. Luego, entre las ruinas de la antigua cooperativa, la rotonda, los viñedos recién podados, la entrada en Saint-Péray y el portal de casa. Veo de nuevo los peldaños de la escalinata de entrada, las llaves que caen, una, dos veces, la puerta que se abre rechinando. Un olor acre. Un postigo que golpetea. Mis cosas, dejadas de cualquier manera en el vestíbulo.

A excepción de la Beretta.

Fascinada, contemplo de nuevo la semiautomática. La idea de encañonarla hacia mí me cruza por la mente, pero, una vez más, Vincent no es el problema.

Lo sabe, lo sé.

El problema son las dichas reglas de trabajo que cambian cada semana. Los proyectos concebidos en pocos días, anunciados como prioridad número uno y abandonados, por una simple llamada de la dirección, tres semanas más tarde, sin que nadie sepa por qué. El baile silencioso

de los responsables de equipo, cada vez más jóvenes y más inflexibles, trasladados a otra agencia o despedidos por la puerta trasera. La tensión constante suscitada por la difusión de los resultados de cada asalariado, las miradas de soslayo, las suspicacias, la duda permanente que corroe las relaciones entre colegas, las horas suplementarias hechas para no desestabilizar al equipo, la planificación que se modifica de manera total en función de la movilidad, de los resultados financieros y de las órdenes semanales. Las repentinas tareas para llevar a cabo en la próxima hora, cada día más numerosas y complejas, y más alejadas de las propias competencias. Las consignas que evolucionan sin parar. Los anglicismos y los términos políticamente correctos que se supone estimulan al equipo sobre la base de disimular realidades tan sordas y ciegas que un simple «buenos días» provoca un sentimiento de aguda paranoia. La infantilización, las piruletas como recompensa, las advertencias como castigo. La paga, amputada por las bajas por enfermedad, y las primas al mérito que ya no llegan. Los objetivos inalcanzables. Las lágrimas que empañan los ojos en todo momento y fuerzan a girar la cabeza para esconderse, como un niño al que le da vergüenza tener miedo. Las lágrimas que fluyen durante horas, cuando se está solo. Mezcladas con una cólera fría que hace que uno se torne insensible a todo lo demás. Las órdenes terminantes y paradójicas, la locura de las cifras, las cámaras de vigilancia, la doble escucha, el ambiente policial, la confianza perdida. El miedo y la ausencia de palabras para expresarlo.

El problema es la organización del trabajo y sus consecuencias.

Nadie lo sabe mejor que yo.

Vincent Fournier, muerto por bala después de una inyección de Secobarbital el 13 de marzo de 2009, me lo ha contado todo.

Es mi profesión, soy médica del trabajo.

Escuchar, examinar, vacunar, notificar, transmitir estadísticas anónimas a la dirección. Pero también: aliviar, apaciguar.

Y cuidar.

Con el tratamiento adecuado.